Otero, las referencias a esta dualidad del ser, que se reconoce como medio ángel / medio hombre, simbolizando el conflicto tradicional alma / cuerpo: el saberse finito pero anhelar la infinitud. Aquí el poeta lucha contra su condición de mortal, contra el concepto de la muerte y busca en Dios las respuestas que no encuentra solo. Ante el silencio de su interlocutor, el poeta va más allá, invocándolo directamente, dirigiéndose a él, reclamándole a su lado noche tras noche; pero Dios sigue ausente. La angustia del hombre va creciendo y su dolor, a medida que avanza el texto, se hace cada vez más físico. Dios se convierte, de este modo, en un torturador del ser humano, pues su ausencia mutila al poeta, lo castra, le corta las alas de ángel y le condena a sufrir en soledad su dura condición de mortal. El desgarro físico ya se anuncia al final de la segunda estrofa con el uso tan expresivo del verbo *arañar* y culmina en los versos paralelísticos de la tercera estrofa, en la que todos los intentos físicos del poeta para llegar a Dios se ven atajados por este con una crueldad brutal expresada por medio de imágenes antitéticas:

Alzo la mano / y tú me la cercenas.
Abro los ojos: / me los sajas vivos.
Sed tengo, / y sal se vuelven tus arenas.

La eficacia expresiva del poema es incuestionable y Blas de Otero demuestra una gran habilidad para llevar a su terreno la forma clásica del soneto, que se adapta perfectamente a sus propósitos y a la temática existencial. El contraste rítmico entre los cuartetos y los tercetos es muy acusado: en los cuartetos observamos cómo los encabalgamientos abruptos y las pausas versales están en consonancia con el estado angustiado; mientras que en los tercetos, cada frase coincide exactamente con un verso: el poeta ha pasado de un estado de confusión a la evidencia de que Dios le ha abandonado condenádole a sufrir a solas su angustia existencial. Y de ahí la definición con la que concluye (muy acorde con las ideas de otros coetáneos, como Miguel de Unamuno): *Esto es ser hombre: / horror a manos llenas*. El ser humano está dotado para pensar y desear la vida eterna, pero su condición de ser mortal le impide gozar de ella. La imagen del ángel (ser espiritual) se ve mutilada por las *cadenas* que forman sus alas (ángel sí, pero un ángel atado al suelo, a su condición terrenal).

Todo el poema está compuesto por una serie de contrastes que enfatizan el sufrimiento del hombre: el que se establece entre los pronombres personales *yo* (el poeta) y *tú* (Dios), el que enfrenta al hombre a su doble condición de ser mortal y espiritual (*eterno-fugitivo; ángel-hombre),* o el que se da entre la voz desgarrada del poeta y el silencio divino, que se convierte en paradoja, pues el silencio de Dios es tan intenso que *retumba y ahoga* la voz humana. En paradoja se convierte, asimismo, el clásico dilema del monólogo de Hamlet: la duda de este (*ser o no ser)* se transforma en la versión de Blas de Otero en paradoja (*ser y no ser)*, aludiendo a la condición trágicamente dual del ser humano.

El tema del poema, como vemos, es uno de los temas clásicos de la literatura universal en todos los géneros, aunque quizás sea en el género lírico donde su tratamiento ha alcanzado sus cotas más altas. Asimismo, es señalable el hecho de que en los períodos posbélicos los temas existenciales sufren una mayor afloración. La existencia de guerras, de hambre y de dolor hace que el ser humano se cuestione tanto el valor de su propia existencia como la existencia de Dios, al que –como hemos visto en el poema comentado– se le reprocha su ausencia en los momentos en que más se le necesita. La literatura existencial de la inmediata posguerra española –y la poesía de Blas de Otero, uno de sus mejores representantes– es buen ejemplo de este hecho.